

Una joya de la literatura clásica Hindú

S A V I T R Í

Versión castellana, por el Dr. C. M. Freundlich

Profesor de Lingüística en la Universidad Nacional de Córdoba

Los estudios históricos de la India nos han dado a conocer el hecho de que unos dos mil quinientos años antes de Jesucristo, los arios cruzaron el río Indo, enseñoreándose primero del Penyab, y más tarde, de toda la región, hasta la costa. Redujeron a servidumbre, a los restos de la población aborígen, constituída por los cusitas, y exterminaron a los elementos tibetanos que encontraron.

En el siglo comprendido entre las fechas de 1600 y 1500 a. J. C., los arios iniciaron su conquista del territorio allende los ríos Indo y Ganges, siguiendo su sistema de exterminación y reducción de los aborígenes.

Mas, pronto se produjeron rivalidades y querellas entre las mismas tribus arias, las que condujeron a una larga serie de guerras, no terminando, sino con el mismo fin de la invasión. Una de las primeras contiendas se conoce con el nombre de la "guerra de los diez reyes". Otra de ellas, motivada por la tribu aria de los pondavas, al llegar, en su migración, a orillas del Ganges, mereció la designación de "*Guerra Grande*", y es ésta, precisamente, la base de actuación del gran poema, o, si se quiere, de la colección de cantos históricos, conocidos con el nombre del "Mahabhárata".

"Savitrí" es uno de los numerosos episodios de esta epopeya nacional hindú, que es la obra poética más compendiosa de la literatura mundial.

Los citados episodios no tienen hilación directa con la acción principal de la epopeya, siendo relatados tan solo incidentalmente, como ejemplos instructivos para los héroes del Mahabhárata.

Uno de estos es Yudhishthira, un rey que por el juego ha

perdido trono y reino y que se ve obligado a vivir con sus cuatro hermanos y con Draupadi, la esposa del monarca, en la profundidad de las selvas, por espacio de doce años. El único consuelo de los desterrados es la compañía de algunos sabios, que no los abandonan en su desgracia, destacándose entre éstos, los bracmanes Brihadasva y Markandeya.

En una ocasión, en que la desesperación de Yudhishtira llega a su colmo, Brihadasva trata de consolarlo, contándole el bellísimo episodio de “Nala y Damayanti”. “Así como la miseria de Nala llegó a su fin, también Yudhishtira puede esperar con seguridad un cambio favorable de su suerte”. (MBh. — Bombay 1877 — III, 53-79; edición nueva, III, 50-76).

En otra ocasión, después de la restitución de Draupadi, la que había sido secuestrada durante la ausencia de los héroes, Yudhishtira dirige a Markandeya la pregunta de si alguna vez ha vivido en la tierra una mujer que fuera comparable con Draupadi en fidelidad conyugal. En contestación a esta pregunta, Markandeya relata el episodio de Savitrí. (MBh. III, 293-299; edición nueva, III, 294-300).

Es de suponer que ambos episodios existían ya como obras poéticas independientes, cuando fueron incorporados al Mahabharata, y que eran sumamente populares por su belleza poética y por el valor moral de su contenido.

Acerca de “Nala y Damayanti” dice Th. Benfey, que lo considera como lo más hermoso, entre lo que la musa hindú ha producido.

En cuanto a Savitrí, opina Carrière: “En ninguna literatura conozco un poema, en el cual amor activo y dispuesto a los más grandes sacrificios obtenga, por medio de “la palabra de la verdad moral, una victoria igualmente brillante, ni sea objeto de una apoteosis igual, a no ser que que-rramos entrar en comparaciones con la Iphigenia de Goethe, “a pesar de todos los más grandes contrastes”.

Hasta qué grado subsiste, hoy todavía, el recuerdo de Savitrí en el pueblo hindú, nos lo cuenta Reuleaux, en su obra “Un viaje a través de la India en el año de 1881”—pág. 145, etc. — Dice: “Tampoco durante el matrimonio, las reuniones de “las mujeres, con fines de la oración, se interrumpen. El “objeto principal de las plegarias constituye siempre el cuidado “por el bien de la familia, y ante todo, del esposo. Una “brata” “(ceremonia) bella por su forma, es la “brata de Savitrí”, la “que todos los años se efectúa, en cierto mes y en la víspera de “la luna nueva. El esposo, después de haberse dado el baño

“prescripto por los ritos, y adornado de ropa nueva y limpia, “toma asiento en una alfombra, y frente a él se coloca la mujer. Después de haberle lavado y secado los pies, ella pone alrededor del cuello de su marido una guirnalda de flores y brinda después un holocausto consistente en flores y madera de sándalo que quema, rogando a los Dioses, en medio de ardientes oraciones, por el bienestar y una larga, larga vida del esposo. Sigue una comida escogida, cuyo núcleo forman los platos favoritos del festejado, y sazónada, además, por agradables sorpresas. Mas, a toda esta distinción del esposo precede la primera parte de la brata, la que tiene por fin principal, la solemne relación de un cuento tradicional de fidelidad conyugal”. — Y ahora Reuleaux transcribe la traducción de “la milagrosa historia de Savitrí, la fiel esposa”, tomándola de la obra “The Hindoo as they are”, por Shib Junder Bose (Calcuta 1881), donde el episodio se halla consignado en forma bastante bien traducida al inglés y resumido en sus partes esenciales.

El texto de “Savitrí” ha sido publicado por primera vez en Londres, por Francis Bopp (1829), acompañado de una traducción casi literal que ha contribuido grandemente a facilitar el estudio de la obra. Desde entonces, una falange de autores ingleses, alemanes y franceses (entre los alemanes Rückert, Merkel, Hoefler, Holtzmann, Meier, Kellner, Fritze, etc.; en Inglaterra, el ya citado Bopp, en varias ediciones, Junder Bose, etc., en Francia también un número crecido de Indogermanistas) virtió el texto sánscrito a sus respectivos idiomas, tratando, parcialmente, de dar forma rítmica a sus trabajos, lo que más o menos desfiguró la fidelidad de las traducciones.

En cuanto a una versión anterior al castellano del episodio que me ocupa, no he podido constatar, a pesar de las indagaciones más extensas y del estudio bibliográfico más riguroso, la existencia de ninguna. Es por esto, que he resuelto contribuir al conocimiento de la joya literaria, titulada “Savitrí”, virtiéndola directamente del sánscrito al castellano, y valiéndome para este trabajo, del MBh. edición de Bombay, del año 1877, y comparando mi traducción, antes de publicarla, con la edición latina de F. Bopp, que estaba a mi alcance.

C. M. FREUNDLICH.

Córdoba, Setiembre de 1923.

MAHABHÁRATA SAVITRÍ

CANTO I

Rey de Madra fué una vez el virtuoso y justiciero Asvapati,
Cuyo mayor placer consistía en ver que todos los seres gozaran de bienestar;
Protección y obsequios brindaba gozoso, y cumplidor era de sus promesas;
No descuidaba los holocaustos; de carácter paciente y piadoso, dominador
[de sus sentidos,
Activo y franco, era amado por los habitantes de ciudades y aldeas.
Mas, ay, no tenía hijos; y conforme entraba en años,
Su corazón se entristecía porque al hogar la prole faltaba.
Y para que ella le fuese concedida, se sometió a severa disciplina.
Poco comía y vivía, dominando sus pasiones, con modestia,
Dedicando cien mil holocaustos a la Diosa Savitrí.
Eliminó, por fin, cinco de las comidas y se alimentaba sólo frugalmente
En la sexta.— Cuando tal abnegación hubo practicado
Durante dieciocho años, la Diosa quedó contenta con él
Y se mostró en persona al rey, emanando de la llama
Del holocausto, y dijo, radiante de alegre satisfacción:
“Supiste refrenar tus pasiones y vivir en castidad y pureza;
“Amorosamente, por entero, te consagraste a mí.— Mi protegido serás.—
“¿Qué don pides de mí? — Que me lo digas, espero;
“De concedértelo he, si sigues fiel a tus deberes”.
El rey contestó: “Deseoso estoy de cumplirlos;
“Hijos anhelo y dispuesto estoy, porque ellos sean, a duros sacrificios.
“Oh, si tuviera hijos.— muchos,— apoyos firmes de mi casa!
“Esta, si gracia quieres concederme, oh Diosa, es mi súplica.
“Pues los sabios enseñan que el primordial deber es engendrar hijos”.
Y la Diosa respondió: “Mucho ha que conozco tu anhelo,
“Y con el Padre de los Dioses ya hablé
“Por tu causa. Favor te quiere hacer y pronto
“Podrás alegrarte del nacimiento de una preciosa hija.
“Mas, no te corresponde pedir otros hijos; dispuesto así
“Lo ha nuestro Todopoderoso Padre, y gustosa te traigo el mensaje”.
Prometió el rey, lo que la Diosa de él pedía;

Tan sólo rogó: que pronto se realizara la promesa.
 Desapareció la Diosa y a su hogar volvió el rey;
 Justicieramente y con alegre espíritu siguió gobernando su reino.
 Después de algún tiempo, Malavi, del rey la amada esposa,
 Dió a luz una hija de ojos de color de loto,
 Y él cumplió con la niña los ritos sagrados.
 “Por la gracia de Savitrí, la benévola Diosa, la niña nació;
 “A la Diosa, el rey debe ofrecerla; por esto también la hija,
 “Cual la Diosa, se llame Savitrí.— Tal resolvieron el padre y los
 [sacerdotes.

Y ella se desarrolló, como si la Diosa de la Belleza
 Ella misma fuese; llegó a la adolescencia y quien la veía,
 De cuerpo esbelto, de caderas amplias, a una estatua de oro
 Parecida, no podía dejar de creer que veía una hija de los Dioses.
 Mas, por esposa, nadie escogió a la de los ojos de loto,
 Porque su brillo y esplendorosa dignidad intimidaba a todos.
 Llegó un día de fiesta; ella habíase bañado la cabeza,
 Había visitado el templo, brindado su holocausto,
 Y solicitado, también, de los sacerdotes la bienhechora bendición.
 Enseguida, llevando flores consagradas, la bella doncella fué
 Al encuentro de su padre, le dió las flores y abrazó sus pies,
 Apostándose después a su lado en forma respetuosa.
 Cual una Diosa bella, en plena flor de su virginidad
 Se le presentó la hija — mas, aún no se le había presentado pretendiente!
 Triste estaba por ello el rey, y a Savitrí, dirigió la palabra: [diente!
 “De casarte, es tiempo ahora; mas, ¿dónde está el que te pretende?
 “Búscate tú sola un esposo, que te iguale en virtudes.
 “Cuando tú hayas hecho tu elección, dime cuál has preferido,
 “Y yo veré si es digno, y te daré a él. Sigue la inclinación de tu corazón.
 “Lo que en otro tiempo los bracmanes, de los libros del derecho y del
 “Me leyeron, óyelo de mi boca, oh niña encantadora: [deber,
 “Reconvención merece el padre que no casa a su hija;
 “Reconvención merece el hombre que no cumple su deber marital con la
 [esposa;
 “Reconvención merece el hijo que no protege a la madre, después de la
 [muerte del padre”.

“Ahora, que oíste mis palabras, vete a buscar el marido,
 “E impide que yo sufra la reconvención de los Dioses”.

A la hija y a los ancianos consejeros dijo esto el rey,
 Y dispuso luego su séquito, apurando la salida de la comitiva.
 Sin titubear, Savitrí abrazó los pies de su padre,
 Y vergonzosa salió del recinto, a cumplir, con filial obediencia, la orden.
 De ancianos consejeros del rey acompañada, ella subió

A un coche dorado y fué a los encantadores bosques,
 Donde los piadosos de estirpe real vivían, sometidos a severa disciplina.
 Allí se inclinó a los pies de los dignos ancianos, y así,
 Uno por uno, visitó todos los bosques sagrados.
 Tesoros repartió ella en cada uno de los santos lugares
 Entre los piadosos. De esta manera hizo su recorrido.

CANTO II

Mientras tanto, Narada visitó al monarca de Madra, y ambos
 Sentados estaban dialogando en medio del aposento;
 Entonces, precisamente, fué cuando Savitrí y los consejeros,
 Después de su peregrinación a los lugares sagrados y a las ermitas,
 Regresaron al hogar y ella vió junto al padre el huésped,
 Con la cabeza honró la casta los pies de ambos.
 Narada preguntó: “¿Adónde había ido tu hija?
 “¿De dónde vuelve? ¿Por qué no eliges para la doncella
 Esposo?” A esto respondió el rey de Madra:
 “Precisamente con este fin envié a mi hija, y de su peregrinación
 Ahora regresa: Oye de ella, a quien por esposo ha elegido.
 Tú, Savitri cuéntanos todo lo que hiciste”.
 Y cumpliendo la orden del padre, contóles la hija:
 “Dyumatsena, un héroe sin igual, fué rey en Salva.
 “Tocóle la desgracia de perder el don de la vista,
 “Y un antiguo enemigo, en acecho, aprovechó el momento,
 “Y quitó al ciego monarca el reino. Este, entonces, se retiró al bosque;
 “Consigo llevó al hijo — tierno infante aún — y a la esposa,
 “Y a dura disciplina se sometió en el amplio bosque el piadoso.
 “Satyavant, este hijo, nacido en la ciudad, mas en el bosque sagrado
 “Viviendo, ese es, a quien mi corazón por esposo ha elegido”.
 Entonces, Narada exclamó: “¡Ay, qué mala elección hizo tu hija,
 “Cuando, confiada, a Satyavant encadenó su destino!”

El rey

¿Es ese hijo brillante, paciente, sensato?
 ¿Es Satyavant un héroe, el consuelo de su padre?

Narada

Cual la divinidad solar brilla; paciente es como la tierra,
 Inteligente cual de los Dioses los maestros, en fuerza heroica cual Indra.

— 141 —

El rey

¿Es generoso, piadoso, recto? ¿Es de noble espíritu?
¿Es de bella figura el joven, de agradable aspecto?

Narada

Generoso es, a más no poder, como Rantideva lo era,
Y cual Sibi, de Usinara el rey, recto y piadoso;
Cual Yayati, de noble espíritu, e igual a la luna, de agradable aspecto.
No en belleza igualan al fuerte los Asvin.
Clemente también es; es héroe y dominador de pasiones,
Amable y libre de odios y rencores, digno y constante.
La probidad persistente en él, cual su firmeza.
Mas, breve deseo ser: Los piadosos y buenos lo alaban.

El rey

Tu narración adorna al joven con todas las virtudes;
Pero también debes, si defectos posee, nombrármelos.

Narada

A pesar de todas sus virtudes, grava sobre él un defecto,
Que no se deja borrar; ningún empeño lo puede.
Tan solo el defecto tiene Satyavant, que desde hoy
Dentro de un año, destinado está a morir; sin vida quedará su cuerpo.

El rey

Ay, Savitrí, mi hija, a otro esposo elige!
Este, rico en virtudes, padece del peor de los males.
Como me dice Narada (a quien los Dioses honran),
No vivirá mucho tiempo: solamente un año, y abandonará el cuerpo.

Savitrí

Una vez recibe su parte el hijo, cuando el padre muere;
Una vez, la hija es dada por el padre como esposa;
Una vez, irrevocablemente, se dice: Te regalo esto!
Cosas son estas que una vez, tan sólo, y no más, ocurren.
Que larga sea una vida o corta — que virtudes adornen a él,
O que carezca de ellas — ya lo elegí por esposo,
Y a otro no elegiré. Con inteligencia se resuelve;
Con la palabra, entonces, se proclama la resolución y se la corona
Con la ejecución; por esto, la inteligencia es para mí regla y directiva.

Narada

Resolución firme demuestra Savitrí oh rey, e imposible
Es desviarla de lo que su obligación considera.
Y lo confieso, que nadie supera en excelencia al escogido;
Por esto veo con gusto que con tu hija lo cases.

El rey

Sabio y razonable es, cuanto acabas de hablar,
Y quiero cumplirlo. Tú, oh Santo, eres mi maestro.

Narada

¡Que sin impedimento alguno se efectúe de tu hija la boda!
Mas, yo, ahora, ausentarme debo. El bienestar sea con vosotros!
Así habló Narada y se elevó volando al cielo,
Y el rey hizo preparar todo para la boda.

CANTO III

Asvapati estaba ahora anheloso del casamiento de su hija
Y dispuso, lo que para la celebración se necesitaba.
En un dichoso día, por fin, en camino se puso con la hija,
Los sacerdotes con ellos y los ancianos bracmanes.
Al bosque sagrado de Dyumatsena llegó el rey,
Y a pie entró con sus acompañantes.
Apoyado contra un árbol y sentado sobre una almohada
De Kusa, vieron allí al noble monarca ciego.
Y el príncipe de Madra honrólo según la costumbre,
Y a conocer se dió a él en modesto discurso.
Conciente de su deber, el regio sabio, ahora, al forastero
Brindó salud y asiento y la bebida de honor; después preguntóle
Él, un rey al otro: “¿Cuál es el fin de tu visita?”
Todo lo que con el hijo del rey había proyectado,
El rey de Madra participó ahora al otro y dijo:
“Mi dulce hija está aquí; Savitrí se llama;
“Aceptarla quieras como nuera, según tu obligación”.

Dyumatsena

Expulsados del reino, resueltos a vivir en el bosque,
Moramos aquí en disciplina estricta, según la manera de los anacoretas;

Mas, ¿cómo soportaría tu hija tales privaciones
Aquí en la ermita? — ¡Ella que es digna de habitar un palacio!

Asvapati

Como yo, lo sabe mi hija que sufrimientos y alegrías
Vienen y van; por esto no deberías tal cosa hablar en mi presencia.
Venido he a hablarte con firme resolución;
Ante ti me hallo inclinado: Por el interés de la amistad
No debes destruir la esperanza. Yo me acerco a ti con confianza;
Por esto no haces bien, oh rey, en rechazarme.
Tú me convienes y eres digno de mí, como yo lo soy de ti.
Acepta a mi hija como lazo, como esposa de tu hijo.

Dyumatsena

Largo tiempo ya abrigaba el deseo de ser tu pariente;
Dudar me hizo, ahora, tan solo la idea de que fué perdido el reino.
Pero renovado está hoy por ti mi antiguo anhelo,
Y el huésped eres a quien yo ansiaba.
Y celebraron la boda, entonces, según la costumbre, los reyes;
Concurrieron a ella todos los brahmanes que en el bosque moraban.
Cuando el monarca de Madra hubo dotado a la hija
Como justo era, regresó íntimamente satisfecho.
Inmenso cariño sintió Satyavant por la esposa, a la cual
Toda virtud adornaba; y ella por él, a quien su corazón había anhelado.
Todas las joyas se quitó, cuando el padre hubo partido,
Y tosco traje se puso y rojo sayal de penitente.
Servicial, sencilla y amable, caritativa y controladora
De sus propias acciones, pronto era amada por todos.
Todo cuidado del cuerpo dispensaba Savitrí a su suegra,
Alegrándola así, cuidando de la ropa y de otros deberes.
A su suegro gustaba, cómo a los Dioses honraba y cómo
Bien dominaba su lengua; mas, de su habilidad
Encantado estaba su esposo, y de sus dulces palabras,
De su suave carácter y de sus amantes abrazos.
Así pasó para los buenos, que penitentes vivían en el bosque,
Algún tiempo; mas, nunca olvidó Savitrí las palabras
De Narada, y día y noche sufría por el esposo.

CANTO IV

Pasó el tiempo y acercóse el día
Destinado como día de muerte para el esposo de Savitrí.

La palabra de Narada siempre estaba viva en su mente,
 Y ella no dejaba de contar los días, conforme pasaban.
 “De hoy al cuarto día debe morir”, se dijo la buena,
 Y juró que tres días estaría parada y tres noches,
 Sin mover un miembro y sin cambiar de posición.
 Mas, el ciego rey lo oyó, y sintió pena;
 A ella se dirigió y le habló estas cariñosas palabras:
 “Demasiado pesada es la obra, oh hija, que iniciaste;
 “Pues, estar parado tres días y noches, es sufrimiento duro”.

Savitrí

Padrecito, no tengas pena por mí; yo llevo a cabo
 Esta promesa y la cumplo con firme resolución.

Dyumatsena

No puedo decirte: Falta a tu promesa.
 Uno como yo, menester es que diga: Cumple lo que juraste!
 Dyumatsena, el noble, calló, después de haber dicho esto,
 Y a Savitrí se la veía parada, ahora, cual si un poste fuese.
 “Mañana morirá mi esposo!” — Con este pensamiento pasó
 Parada la tercera noche, sumida en llanto y pena, la fiel. —
 Y para sí se decía, cuando recién el sol de salir
 Acababa: “Hoy será!” — Y el fuego sagrado avivó
 Rápidamente y cumplió los sagrados ritos de la mañana.
 Respetuosamente saludó a los ancianos y sacerdotes después,
 Uno por uno, y a suegra y suegro, las manos dobladas,
 Y bendijeron a ella, para que no enviudara,
 Todos los habitantes del bosque, todos los ermitaños.
 “Así sea!” respondió ella y recogió con el corazón
 Todas las bendiciones, en profundas reflexiones sumida.
 Tiempo y hora esperaba, que Narada una vez le había predicho,
 Y de la pena más grande se sintió acometida.
 Pero cariñosamente le hablaron los padres de su marido:
 “Con fidelidad has cumplido, oh hija, lo que prometiste,
 “Y la hora de comer llegó; más tiempo no tardes”.

Savitrí

Recién cuando el sol se haya puesto y mi deseo
 Se haya cumplido, comeré; así lo resolví en mi mente. —
 Mientras Savitrí, hablaba de la comida, Satyavant se dispuso,
 El hacha al hombro, a ir a la selva.

Mas, ella dijo: "Sólo no debes ausentarte tan lejos;
"Contigo iré; pues, de ti no puedo separarme".

Satyavant

Si tu anhelo es acompañarme, gustoso te lo concedo;
Mas, para que no me toque reproche alguno, pregunta a los padres.—
Y la buena esposa y nuera saludó a los suegros y dijo:
"Para buscar frutas, iré a la selva profunda mi esposo.
"Con él iría gustosa, si permitirlo quisiérais, oh padres míos;
"Pues imposible me es soportar la separación de él.
"Impedirle no debemos, porque leña buscará, también para el fuego
"Sagrado del Maestro. Mas, si otro fin persiguiera, retenerlo deberíamos.
"Casi doce meses han pasado ya, oh mis queridos,
"Que no abandoné el bosque sagrado y ansío
"Ver alguna vez la selva agreste en plena flor".

Dyumatsena

Nunca, desde que su padre me la dió como vínculo, Savitrí
Pronunció una súplica hasta ahora; cúmplase su deseo por ello.
Pero, que prudentes seais en el camino, hija mía.—
Y así, con el permiso paternal, fué la sublime esposa
Con el amado esposo, sonrientes los labios, mas el corazón temblando.
Y alrededor de sí vió la bella y multicolor selva,
Animada por manadas de pavos reales; los árboles en flor
Vió ella, las cristalinas corrientes y su esposo, con cariño,
Incitóla a mirar. Mas ella tenía mirada tan solo para él
En cada movimiento, considerándolo, por las palabras del sabio,
Como si ya muerto hubiera. Así lo seguía, sintiendo crueles tormentos,
Con paso ligero, y esperando el minuto fatal.

CANTO V

Ambos habían llenado la cesta con las frutas recolectadas,
Y después partió leña el esposo de Savitrí. Entonces sintióse
Bañado de sudor y el trabajo le hizo doler la cabeza;
Y dijo, rendido por el cansancio, a la amante esposa:
"Siento ardor en el corazón y los miembros, mi buena.
"Enfermo estoy, no puedo pararme y dormir deseo".
Savitrí, entonces, se fué a su lado, acomodóse
En el suelo y colocó en su regazo la cabeza de su esposo.
Llegado había el momento, del que Narada en otro tiempo

Hablara; esto reconoció la pobre, recordando la profecía.
 Mientras miraba de su esposo a sus alrededores, notó
 De repente a un hombre, en rojo vestido envuelto,
 Una diadema luciendo, de bella figura, como el sol brillante,
 De un blanco negruzco, de roja mirada, y con un cordel en la mano.
 Temor inspiraba el hombre. Entonces, suavemente colocó ella en el suelo
 La cabeza del esposo, se levantó y dobló las manos
 A fuer de súplica y dijo triste y el corazón temblando:
 “Sobrenatural es tu figura; un Dios eres, por cierto;
 “Quién eres y lo que hacer intentas, dignate decirme”.

Yama

A tu esposo eres fiel y a dura disciplina te sometiste;
 Respuesta, por ello, te doy. — Soy el Dios Yama, oh Savitrí.
 El espacio de vida de Satyavant terminó; atarlo quiero
 Ahora y llevarlo conmigo: he aquí el objeto de mi venida.

Savitrí

Se dice que tus mensajeros se encargan de llevarse a los hombres;
 ¿Por qué, oh Santo, vienes tú mismo, a secuestrar al esposo? —
 Interpelado así por Savitrí, el Rey de los Padres, benevolente,
 Principió a explicarle minuciosamente su propósito:
 “Bello es tu esposo, un mar de virtudes, cumplidor de sus obligaciones,
 “Demasiado bueno, para que mi gente lo busque; por esto, vengo yo
 Y con la cuerda ató al alma sumisa Dios Yama, [mismo].
 Y extrajo, la que tenía de tamaño una pulgada, del cuerpo,
 Yaciendo, entonces, allí, privado de vida y de soplo, la materia,
 Sin movimiento ni brillo; no ofrecía ya bello aspecto.
 Yama llevó al atado consigo y dirigióse al sur.
 Pero la excelente mujer, Savitrí, la fiel esposa,
 La que había cumplido la promesa, siguió al monacra de los muertos.

Yama

Vete, Savitrí, regresa. Del sepelio has de cuidarte.
 Todo cumpliste fielmente, cuanto el deber de la esposa exige,
 Y hasta donde ir te está permitido, has caminado.

Savitrí

Eterna es esta ley: Adonde sea conducido mi esposo,
 O adonde él mismo vaya, allí también yo debo irme.
 Disciplina, promesas, mi amor por esposo y padres,

Tu clemencia también,— he aquí, lo que me autoriza a acompañarte.
 De siete pasos llaman la amistad los sabios maestros;
 Escucha lo que, basándome en la amistad, decirte deseo:
 No los incapaces son los que al bosque se trasladan,
 Para practicar, en medio de privaciones, la verdad y el deber.
 Lo que por “deber” se comprende, se basa en profunda intuición;
 Con razón, los buenos consideran como lo más sagrado, el deber.
 Abierto a todos está el camino que, según el juicio de los buenos,
 Constituye la única senda para el cumplimiento del deber.
 Ninguna segunda se debe seguir, ninguna tercera:
 Lo más sagrado consideran los buenos el deber.

Yama

Regresa ahora. Estoy contento contigo por esta sentencia,
 Que por su forma y contenido me parece agradable y exacta.
 Un deseo pronuncia, mas que no sea la vida de tu esposo,
 Cualquier otro ha de cumplirse.

Savitrí

De su reino fué expulsado mi suegro ciego,
 El que vive ahora, disciplinándose, en la ermita;
 Devuelve la luz a los ojos del digno rey;
 Concédete el brillo del sol, oh clemente Dios.

Yama

Todo cuanto me pediste, concederte quiero;
 Conforme formulaste el deseo, oh buena, él se cumplirá.
 Pero yo veo que del camino estás exhausta y cansada;
 Vete, regresa ahora. Que el cansancio se aparte de ti.

Savitrí

Cerca de Satyavant, ¿cómo sintiera yo hoy el cansancio?
 ¿No ando por senda segura donde permanece mi esposo?
 Yo también voy por la senda, por la cual te llevas a ese.
 Pero una vez más, escucha, oh Yama, de mí una sentencia:
 Juntarse alguna vez con buenos, es el deseo más grande;
 Si cumpliése este deseo, los buenos se llaman amigos.
 Infructífero no queda tampoco el encuentro con los buenos;
 Con los buenos unida, por esto, hago mi vida.

Yama

¡Cuánto alegra la mente, cuánto amplía el entendimiento del sensato,
 Lo que de decirme acabas acerca del poder de los buenos!

Pronuncia un segundo deseo todavía, Savitrí, oh buena;
Pero tampoco ahora no puede ser la vida de Satyavant.

Savitrí

Quitado le fué al sabio suegro el reino, en tiempos pasados;
Haz que, lo que perdió, recupere, señor;
Mas, que tampoco entonces de sus deberes se aparte.
Esta es la otra gracia, que concederme quieras.

Yama

Recuperar debe dentro de poco su reino tu suegro;
No descuidará tampoco entonces el cumplimiento del deber.
Todo lo que deseaste, concedido está, oh buena.
Vete ahora, regresa, y que el cansancio quede apartado de ti.

Savitrí

Por ti, los hombres sujetados están en límites estrechos,
Y cómodamente los manejas con el poder de la sujeción.
Por esto, pues, llevas también el nombre de "Divinidad Sujetadora".
Déjame decir aún una sentencia y escucharme quieras:
Los buenos dan y propulsan; nunca dañan, ni con el pensamiento,
Ni con la palabra o el hecho; esta es su eterna ley.
Aplicar la fuerza saben por lo general los hombres; el bueno
Muestra también piedad para con el enemigo que en sus manos cayó.

Yama

Como del agua se alegran los hombres, cuando los atormenta la sed,
Así me alegra la sentencia que de tu boca acabo de oír.
Pronuncia un tercer deseo, oh fiel Savitrí;
Pero tampoco ahora puede ser la vida de Satyavant.

Savitrí

Sin hijos varones está hasta ahora mi padre; deseo
Que de hijos varones, oh Santo, le concedas cien;
Cien hijos carnales, que garanticen el porvenir de la casa.
Clementemente concédeme, lo que por tercero elegí.

Yama

Cien hijos varones, los tendrá tu padre, Savitrí
Hijos brillantes, que le garanticen el porvenir de la casa.

Princesa, cumplido está el deseo que pronunciaste;
Regresa ahora; tu camino ya te condujo demasiado lejos.

Savitri

De mi esposo cerca estoy, y no considero lejos el camino;
Más aún, oh Yama altísimo, adelántase mi corazón.
Pero, mientras caminas, escucha de mí otra sentencia,
Oh magno, sentencia que a mi mente acude:
Tú, Yama altísimo, de la deidad del sol el hijo eres;
Hijo del Sol eres llamado por ello por los entendidos.
Todos los seres se mueven sujetos al mismo derecho y a las mismas leyes,
Sobre derecho y ley tienes tú el real poder.
Nadie tiene en sí tanta confianza como la que tiene en los buenos;
Cada cual anhela, por esto, colocarse cerca de ellos.
¿No nace la confianza, acaso, del amor para con todos los seres?
Para con los buenos, por lo tanto, se siente, ante todo, confianza.

Yama

Tal palabra, como la que acabas de decirme, oh bella,
Nunca de otra boca ha percibido mi oído.
Alegría me das, y yo te concedo la cuarta de las gracias.
“Que Satvayant viva”, no digas; todo lo demás se cumplirá.

Savitri

Hijos magníficos cien quisiera tener de Satvayant,
Para que nuestra dinastía se haga fuerte y duradera.

Yama

Cien excelentes hijos tendrás tú, oh buena,
Valerosos héroes en el combate; ellos serán tu consuelo.
Pero cuida que no te domine el cansancio;
Vete ahora, regresa; largo es el camino que anduviste.

Savitri

Los buenos siempre cumplen las eternas leyes de la virtud;
Los buenos nunca desesperan, siempre se resignan.
Infértil no queda la unión de buenos con buenos;
¿Podrán tener miedo, acaso, los buenos ante los buenos?
Mediante la veracidad dirigen la senda del sol los buenos;
Que subsista el mundo, hacen por medio de sus penitencias.

Causa también son del pasado y de las cosas futuras;
 Nunca sufren miseria los buenos, con buenos asociados.
 Para otros trabajan los buenos, sin ambicionar provecho;
 Pues saben que la nobleza del alma está en el desinterés.
 La bondad tenida para con hombres buenos, producirá sus frutos;
 Los buenos, tampoco hacen peligrar ni el honor ni el bien material.
 Puesto que siempre y necesariamente así se portan los buenos,
 ¿Es un milagro, acaso, que también sean apoyo y protección?

Yama

Agradables y francas, llenas de justicia y de virtud
 Son tus palabras, y bellas. Buena, cuanto más me hablas,
 Tanto más aumenta mi cariño para ti. Concederte quiero
 Pues, otra gracia más, que supere a todas las otras.

Savitrí

Ninguna limitación, como antes, está unida ahora a la gracia:
 ¡Que viva mi esposo!— es mi deseo más ardiente.
 Sin el esposo estoy como muerta; ni el cielo, ni la alegría
 Deseo para mí sin el esposo, ni tampoco el amor, ni la vida.
 Cien hijos de él me ha concedido tu clemencia;
 Mas de su persona yo quedaba privada todavía.
 ¡Que viva mi esposo! He aquí la gracia que te suplico.
 Lo que prometiste, oh Santo, cúmplelo ahora!—
 “Sí, que así sea!” exclamó Yama y desató la cuerda
 Del aprisionado, diciendo alegremente a la fiel Savitrí:
 “Ve, libertad doy a tu esposo, oh bendición del hogar!
 “Y sano estará y contento y años ha de vivir
 “Cuatrocientos contigo, y a gloria espléndida ha de llegar.
 “Cien hijos le presentarás y todos ellos serán reyes
 “Y grandes guerreros, y tendrán hijos y nietos,
 “Y tu nombre conmemorarán hasta los tiempos eternos.
 “También tu madre Malavi presentará a tu padre cien hijos,
 “Los que por ella serán llamados los Malavos.
 “Guerreros serán tus hermanos, parecidos a los Dioses,
 “Y para siempre florecerá su estirpe por sus hijos y nietos”.—
 Cuando el magno Rey de la Justicia a Savitrí hubo concedido
 Estas gracias, ordenó a la buena regresar a la casa,
 Y él mismo tornó a su palacio. Entonces, Savitrí,
 La que al esposo reconquistado había, regresó corriendo al lugar
 Donde dejara el cuerpo sin vida, y vió en el suelo
 Yacer a Satyavant. Ella se le acercó y se sentó,

— 151 —

Y en su regazo, entonces, colocó su cabeza. Luego volvió en sí
Aquel, cual si del extranjero a casa volviese;
Largo tiempo, cariñosamente la miró y por fin habló:

Satyavant

Largo tiempo dormí ¡demasiado, por cierto! Y tú, oh mi buena,
No me despertaste? — ¿Dónde está aquel ceñudo hombre que consigo me
[llevó?

Savitri

Largo tiempo has dormido junto a mi corazón, mi adorado;
Levántate ahora, si bastante fuerte te sientes. Ya ha caído la noche.
Satyavant había recuperado de nuevo sus sentidos y aparecía
Como quien dulcemente ha reposado. Miró, con la cabeza erguida,
Alrededor de sí y escudriñó la selva, y dijo después:
“A buscar frutas, salí contigo a la montaña;
“Pero me sorprendió, mientras partía la leña, dolorosa jaqueca,
“Y parado no pude quedar; por esto me tendí en el suelo,
“Y dormido quedé en tu regazo. Esto lo sé todavía todo.
“Mas, mientras yacía dormido, cuidado por ti, entonces fué separada
“Mi alma del cuerpo. Yo ví a un hombre terrible, vetusto,
“De fuerza gigante — si en verdad lo ví o entre sueños,
“No lo sabría decir. Si tú lo puedes, dímelo, oh mi esbelta”.
Pero Savitri dijo: “La noche avanza; lo ocurrido,
“Mañana contártelo quiero fielmente, oh bueno.
“Levántate ahora, ponte en pié; piensa en padre y madre.
“Ha cerrado la noche, y ya no brilla el sol.
“Fantasmas nocturnos, de horrible lenguaje, se mueven doquiera,
“Y las hojas suenan bajo el roce de los animales silvestres que andan
[por la selva;
“Terriblemente aullan — me tiembla el corazón — hacia el sur-oeste los
[chacales”.

Satyavant

Obscuridad impenetrable cubre la selva y espanto produce;
Tú no verás el camino y no podrás andar.

Savitri

Incendio hubo hoy en la selva; he allí, todavía, un árbol
Seco que arde; y si se mueve el viento, sale llama tras llama.
Ascuas iré a buscar allí, para encender un fuego para nosotros.
Ve que la leña está. No debes, pues, apenarte.

Si fuerza no tienes para andar — ya veo que aún estás enfermo, —
 Y si ver no puedes el camino en la obscuridad nocturna,
 Bien, entonces iremos temprano, cuando vuelva la luz a la selva,
 Y pasemos, si de igual opinión eres, la noche en este lugar.

Satyavant

Ya no me duele la cabeza, y sano me siento de nuevo.
 Ver deseo a Padre y Madre; de manera que necesito tu ayuda.
 Nunca, hasta ahora, regresé de noche a la vivienda,
 Y la madre me retiene en casa, aun antes de que anochezca.
 También, cuando salgo de día, ambos mis padres se entristecen,
 Y con los habitantes de la ermita, mi padre me busca.
 A menudo yo fui reprendido de que tarde llegué a la casa.
 ¡Cuánto se apenarán ahora mis padres por causa mía!
 Muy tristes se sentirán, de seguro al no verme.
 Muchas veces habrán levantádose en la noche, los dos, diciendo,
 Muy apenados, los queridos ancianos, y dominados por su profundo cariño:
 “Si tú, oh hijito, nos fueras quitado, ni un instante
 “Podríamos vivir ya. Asegurada está nuestra vida, mientras
 “Conserves la tuya, apoyando a nosotros, los viejos y ciegos.
 “Nuestra estirpe depende de ti para los tiempos futuros,
 “Nuestra gloria también y los holocaustos que a los Dioses debemos”
 Anciana la madre; ciego el padre, yo el apoyo de ambos:
 ¡Cuánto sufrirán acaso los dos en esta noche!
 ¡Oh cuánto me incomoda aquel sueño! A él le culpo de que con pena esté
 [el padre

Así como la madre por mí, ella que nunca daño alguno me hizo.
 También por mí mismo sufro y me apeno;
 Porque, sin los padres, no puedo vivir por más tiempo.
 Seguramente, mi ciego padre pregunta, con la mente trastornada,
 A cada ~~uno~~ ahora, de los habitantes del bosque sagrado.
 No tengo tanta pena por mí, oh mi bella, como por el padre
 Y por la madre, la débil, que ahora al esposo acompañará.
 Por mi causa, hoy deben sufrir tan amarga angustia.
 Para ellos vivo, mientras existan, y debo conservarlos,
 Debo probarles mi cariño. Todo esto lo debo a los seres queridos.
 Así habló el buen hijo que a los padres honraba,
 Siendo no menos amado por ellos. Ambos brazos extendió
 Y lloró en alta voz, por sus amargos pesares.
 Cuando con tanto desconsuelo Savitrí vió al esposo,
 Secóle las lágrimas ella, la fiel esposa, y dijo:
 “Así como penitencia he hecho, he sacrificado y dado limosnas,

“Así, también, transcurrirá buena la noche para suegra y suegro.
 “Como en la palabra yo nunca jamás falté a la verdad,
 “Ni por motivos insignificantes, te prometo que los padres
 “De mi esposo hoy día conservarán la vida”.

Satyavant

Anhelo ver a los padres; por esto, apresurémonos, Savitrí.
 Preferiría morir que ver sufrir a mi madre
 O a mi padre; antes me mataría con mi propia mano.
 Si es tu deseo que yo la vida conserve y si aprecias tu deber,
 Si un bien deseas hacerme, ven, para que vayamos a casa. —
 Entonces, Savitrí se levantó, ajustó su cabello
 Y rodeó, para que se levantase, con los brazos al esposo.
 Y él se quedó parado, pulsó con sus manos el cuerpo entero,
 Miró en derredor suyo y dejó descansar la vista sobre el canasto.
 Pero Savitrí dijo: “Las frutas buscaremos mañana;
 “Mas, tu hacha la llevaré, para que estemos seguros”.
 Y ella colgó de una rama el canasto pesado,
 Asíó el hacha y con el esposo se puso en marcha.
 En su hombro izquierdo hacía descansar la fiel Savitrí
 El brazo izquierdo de Satyavant, y con el derecho lo rodeaba.

Satvayant .

Muchas veces ya vine aquí; por esto conozco las sendas,
 Y a través de los árboles luce la luna y permite ver.
 Volvamos por el camino que vinimos, cuando buscamos
 Las frutas; no te atrases. Junto a este grupo de árboles
 Se divide el camino y nosotros seguiremos la senda del norte. Ven más
 [de prisa, oh buena,
 Otra vez estoy sano y fuerte, y me abrasa el anhelo por los padres. —
 Así habló él, y de prisa caminaban, para llegar a la ermita.

CANTO VII

Mientras tanto, Dyumatsena, el fuerte, recuperó la vista,
 Y la mirada despejada notaba todo.
 Con la esposa, entonces, se trasladó a todas las chozas,
 Profundamente apenado por su hijo. Junto a ríos y estanques
 Buscáronlo los dos en esta noche, en bosques y ermitas.
 Cuando oían algún ruido, levantaban la cabeza esperanzados,
 Diciendo: “Ellos serán, nuestro hijo y su esposa!”

Vagando anduvieron con la mente extraviada, los pies lastimados,
Y herido el cuerpo por hierbas cortantes y espinas.
Todos los bracmanes allí rodearon a los esposos y hablaron
Palabras consoladoras, conduciéndolos de vuelta a su morada.
Distrájolos por el momento el relato de sorprendentes hazañas
De antiguos monarcas; mas, cuando en la infancia del hijo
Pensaban, ahora que no lo veían, ay, entonces se renovaba
En ellos su ansia y pena, y exclamaban, vencidos de su preocupación:
“Hijo, ¿dónde estás? — Y tú, ¿dónde estás, excelente esposa?”

El bracman Suvártshas

Satvayant vive, tan de veras como Savitrí adornada está
de buena conducta, de abnegación y del dominio de si misma.

Gautama

A duras disciplinas me he sometido; he leído los Veda
Y los Anga; bajo privaciones he vivido mi juventud;
He alegrado a mis maestros y cuidado del fuego sagrado;
Con espíritu pío he cumplido todas las promesas;
He ayunado también, viviendo tan solo del viento según la prescripción;
Dado me es conocer, por mi vida pasada, cuál es el futuro de otros.
Esta verdad escucha de mí: Viviendo está tu hijo,

Un discípulo

Viviendo está Satyavant, ya que la boca de mi maestro
Tan sólo pronuncia palabras que libres están de todo engaño.

Los sabios

Satyavant vive, tan de veras, como que los signos felices
En Savitrí se reunen, de que no llegará ella a ser viuda.

Bharadvatsha

Satyavant vive, tan de seguro, como de ti la ceguera se apartó,
Y como cumplió su promesa Savitrí, absteniéndose del alimento.

Mandavya

Satyavant vive; lo dicen los hechos de que en la dirección que la felicidad
[predice,
Ahora las aves gritan, y tú, vuelto a la luz del día, caminas.

Dhaumya

Satyavant vive, tan de veras, como lo adornan las virtudes
Todas, y los signos de que vivirá largo tiempo el favorito de los hombres.—

Así lo consolaron los ermitaños, hablando verdades,
Y apreciando todo esto, recuperó su compostura y tranquilidad.
De repente, en plena noche, entró solemnemente Savitrí con su esposo.

Los bracmanes

¿Necesitaremos indagar por tu felicidad, oh dueño de tierras?
Ya te contemplamos viendo y reunido con el hijo.
¡Qué goce! El hijo volvió, y con él la esposa,
Y la facultad de ver has recuperado!
Todo se ha cumplido, lo que te predijimos,
Y mayor felicidad aún gozarás dentro de poco. —
Y los bracmanes avivaron el fuego y se sentaron todos
Alrededor del rey; a su lado paráronse la esposa del monarca,
Con el hijo y el lazo. Mas, cuando la pía reunión
Les concedió el permiso, ellos también se sentaron.
Al hijo, ahora, llenos de curiosidad, preguntaron los ermitaños:
“¿Por qué no volviste antes, tú mismo y Savitrí?
“Por qué volviste recién tarde en la noche? — ¿Qué te ha impedido?
“Padre y madre sufrieron angustia y penas, como nosotros.
“Lo que te detuvo, no lo sabemos; decírnoslo debes”.

Satyavant

Previo permiso del padre, me ausenté con Savitrí.
Mientras partía la leña, sentí dolores en la cabeza,
Y adolorido me veneió el sueño, que mucho tiempo duró.
Nunca, hasta aquí, he dormido tan largo tiempo.
Ahora, desterrad la pena por mí, oh venerados;
No por otra causa atrasóse el nocturno regreso.

Gautama

Dyumatsena, de repente recuperó la facultad de ver;
Tú ignoras la causa de este milagro. Mas, tú, Savitrí,
Sabes; cual la Diosa Savitrí, misma, cómo una cosa con otra
Siempre entrelazada está. De lo que aquí ha ocurrido,
Conoces, de seguro, la causa. De ti deseamos oírlo,
Entero y conformé a la verdad, si ningún secreto te liga.

Savitrí

Es, como tú piensas. Es justo vuestro deseo,
Y ningún secreto me cierra la boca; escuchad, pues, la verdad:
Narada me dijo en otro tiempo, cuándo debía morir mi esposo.

Ese día fué hoy; por ello no quise abandonarlo.
 Mientras dormía, vino Yama solo—yo lo ví con mis ojos—
 Lo ató y fué con él hacia el país de los Padres.
 Mas, yo alabé al Dios con palabras, cual lo merecía,
 Y, satisfecho, él me acordó cinco gracias; escuchad, cuales son:
 A mi suegro devolvió la vista y el reino;
 A mi padre y a mí, cien hijos a cada uno; además,
 A mí, de nuevo al esposo, para que vivamos cuatrocientos años.
 Librarlo de la muerte quise también con mi solemne promesa.
 Tal, como acabáis de oír, es la relación de los hechos.
 Así mi amarga pena conquistó el fin sublime.

Los sabios

La desgracia se cernía sobre la casa del monarca;
 Al mar de la obscuridad ha sido lanzada.
 Mas, tú, excelente mujer; nacida de noble estirpe,
 Con firme resolución y fiel la levantaste de nuevo.—
 Así alabaron y honraron a Savitrí, la mejor de las mujeres,
 Los piadosos allí. Después se despidieron del rey
 Y del hijo y volvieron a su hogar alegres y contentos.

CANTO VIII

La noche pasó, y la esfera solar hizo su aparición;
 Los ermitaños cumplieron sus ritos matinales y volvieron
 A reunirse. Siempre de nuevo contaron al rey
 De la suerte de Savitrí, y no podían terminar nunca.
 De repente aparecieron en el bosque, hombres de Salva, trayendo
 El mensaje de que al enemigo del rey, lo había matado el canciller;
 Y ellos contaron todo lo ocurrido, y cómo también a los parientes
 Del asesinado se había matado, así como a sus compañeros,
 Y como la hueste enemiga se dispersó en la redonda. Los súbditos,
 Decían ellos, tendrían tan sólo este deseo: “El antiguo rey
 “Debe volver, esté ciego o vea”.
 Y continuaron después: “Para este fin, oh monarca,
 “Fuimos enviados nosotros. Ya llegaron los coches,
 “Y también llegaron las tropas en cuatro columnas.
 “¡En marcha ponte! Ya, en las calles se oyen los gritos victoriosos.
 “Vuelve a subir, después de largo tiempo, al trono de tus padres!”
 Y cuando al rey vieron dotado de la luz de sus ojos,
 Y bello de figura, ¡cuánto asombro mostraron sus miradas!

Con la cabeza, ante él, tocaron entonces la tierra..
Partiendo, despidióse el rey, con gran reverencia de los piadosos
Habitantes del bosque y, honrado por ellos, ausentóse
Hacia la capital de su reino. También Saibya, su esposa,
Fué allí en precioso palanquín, cubierto de bellos cojines,
Acompañada de Savitrí, protegidas por poderoso séquito.
Enseguida, en medio de gran alegría, los sacerdotes consagraron como rey
A Dyumatsena, y a su hijo, como heredero del reino.
Cien hijos, el orgullo de la madre, potentes héroes,
Fueron concedidos a Savitrí en el largo transcurso de los años,
Cien hermanos también, hijos del padre y de su madre Malavi.
Así se redimió de profundo pesar a sí misma y redimió
A los padres, a suegro y suegra y a toda la estirpe de su esposo.
